

almuerzo y simpatía

Armando Cassigoli
(chileno)

- ¿Y eso le pasa?
- ¡Eso mismo! Ni más ni menos.
- ¿Tres mujeres?
- Tres mujeres.
- ¿Y con las tres...?
- Con todas ellas...

—Buen dar con don Octavio. ¡Quién lo hubiera creído! Y tan comprensivo que es, y tan gracioso, y sencillo, igualito a usted, don Carlitos. Por eso, pienso yo, ambos se han dado tanto a querer. ¿Se ha dado cuenta que desde que él está de Jefe y usted de Secretario, las cosas marchan muchísimo mejor en la Oficina?—Antonio habló con esa voz reservada para las grandes ocasiones, sonriendo con servilismo, autoembargándose de sudorosa emoción. El Secretario vació su copa, la contempló en la mano en alto y aprobó con un firme asentimiento—. ¿Se sirve

otra? Son tan chicas estas copitas. —Antonio insistió con voz muy suave, haciendo resbalar un sonido sobre otro.

—No, muchas gracias. Por ahora basta. ¡Pero usted! Usted no ha bebido ni siquiera una gota conmigo. ¡Cómo quiere que tome solo! —El Secretario mostró sonriendo las encías, haciendo replegarse al bigote hacia las fosas nasales.

—Por si no sabe usted, don Carlitos, yo antes era medio aficionado a la cuestión, pero ahora. . . Ahora ya no. —Antonio volvió a llenar la copa del Secretario y luego secó con la servilleta una aureola líquida que brillaba en la mesa.

—¿Y su señora, Antonio, tampoco bebe, ni siquiera con las visitas?

La Nena, que hasta ese momento no había dicho palabra, sonrió graciosamente, interviniendo en ese juego del mutuo sonreírse, tomó un poco de vino y bajó los párpados, mientras el Secretario clavaba la vista en esos muslos que la falda ceñida hacía más relevantes.

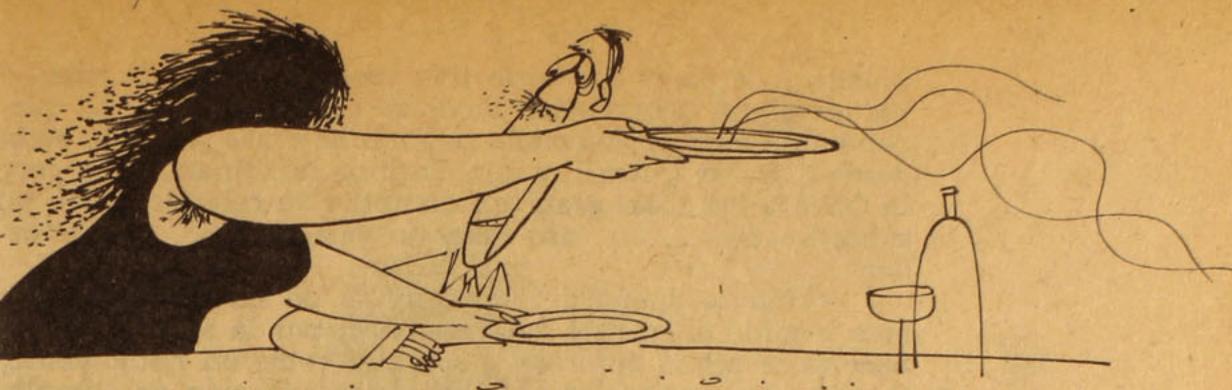
—Así que era cierto aquello de las. . . tres señoras —dijo Antonio reanudando el diálogo—. Y muy cierto. Más aún conociendo a don Octavio como lo conozco. Para él, el amor, bueno, siempre el amor. Yo digo que el amor es lo más importante para la vida. ¿No le parece a usted, señora? —La Nena enrojeció, el rostro duro y los ojos fijos en sus manos—. También es cierto. . . sí, así como usted dice —se apresuró a comentar Antonio.

La Nena fue a la cocina y trajo los tomates rellenos. El Secretario la siguió con la mirada, recorriéndola.

—Sírvase no más, está en su casa. Los tomatitos están rellenos de porotitos verdes, huevo, jamón molido, perejil y mayonesa. ¿Más vinito, don Carlitos? Aquí siempre tenemos vino para las visitas. Este es "gran vino". Antes comprábamos "reservado", pero se ha echado tanto a perder, dicen. ¡Nena, ponle otra copa limpiecita a don Carlitos! Seguramente en casa de él ponen varias copas y vasos, ¿no es así?

—No, Antonio. En mi casa vivimos en forma muy sencilla. Tanto don Octavio, nuestro Jefe, como yo, vivimos sin ningún aparato, democráticamente, como se dice. No están los tiempos para otra cosa. Por esta razón queremos que toda la gente de nuestra Oficina sea así, sencilla, austera, como en una gran familia, ¿entiende? —Y clavó los ojos en la Nena, que desvió la vista de esa mirada tan directa.

—¿Más vinito, don Carlitos? ¡Pero sírvase quesito, ajicito, aceitunitas! Todito lo que hay en la mesa es para comérselo. ¡Nena, retírale el plato vacío a don Carlitos, sé menos lenta, mujer, ándale! —Al retirar el plato la Nena rozó delicadamente el hombro del Secretario con uno de sus pechos. Ambos disimularon esta primera complicidad. Antonio lanzó una sonricilla al azar, con la intención de encontrar eco en el Secretario, que en ese momento despepaba un ají—. Yo digo —balbuceó— que una oficina como la nuestra tiene mucho porvenir, sobre todo cuando los patrones, los jefes, son así como ustedes, que se dan a querer por todo el mundo, ¿no le parece? Mi cuñado, el hermano de la Nena, trabaja en "Yutex Ltda." y dice que sus pa-



trones son muy distintos. Fíjese que casi no saludan al personal, ¡qué le parece! Yo creo que una firma así va al fracaso, porque la gente no trabaja a gusto. Entre capital y trabajo debe existir armonía, digo yo, amistad, cooperación amistosa, así como... como entre nosotros, ¿no le parece?

El Secretario hizo un movimiento afirmativo que correspondía a un pensamiento muy distinto. Nena llegó con la sopa. En el primer momento su mirada se cruzó con la del Secretario, pero luego la desvió, inquieta y ruborizada.

—¡Sírvasse! —trinó Antonio—. Es de “alverjitas” molidas, muy sanita para el estómago; el olorcito que tiene se debe al ajo picado y al tocinito frito. Aquí tiene quesito rallado... ¡Pero si usted tiene la copa vacía, don Carlitos! ¡A ver, déjeme servirlo yo!

—¿Y usted, Antonio, ni siquiera conmigo se bebe un trago? Esta es una ocasión muy especial. Sé que su religión se lo prohíbe. Yo respeto mucho esas cosas, pero uno, sólo uno... ¡Qué le va a hacer un solo trago!

—No es El, don Carlitos, quién nos lo prohíbe, sino que somos nosotros los que hemos hecho una promesa para servirlo mejor. Por eso nos apartamos de todos los vicios. —Antonio había adoptado una voz predicante.

—¿Vicio, unas copitas?

—No, don Carlitos, unas copitas no son vicio. Pero resulta que nosotros, como le decía, hemos hecho promesas y debemos cumplirlas.

—¡Pero qué es una copita sola, una sola! Yo creí que estábamos platicando la amistad.

Un rubor transparente matizó el rostro forzosamente risueño de Antonio.

—¡Cómo que no! ¡Claro que estamos platicando la amistad, don Carlitos! ¡Vaya con las cosas que usted dice! Por algo en nuestra Oficina se vive como en familia y existe entre ustedes y nosotros verdadera comprensión y respeto. “Ama a tu prójimo”, dijo el Amado. ¿Y qué es el amor sino amistad, y qué cosa es la amistad sino amor?

Al coger la alcuza, Nena dejó al descubierto, ante los golosos ojos del Secretario, el delicado vello de su axila. El hombre sintió percutir un latido en sus sienes.

—Yo propongo beber por la señora dueña de casa, por la reina de esta mesa. —El Secretario habló con obstinación, po-

niéndose de pie y sirviendo tres vasos colmados de vino. Antonio se sintió acorralado. Tuvo el presentimiento de que una pendiente muy pronunciada se abría ante sus pies. Sin embargo, desde que don Octavio y don Carlitos se habían hecho cargo de la Oficina las cosas eran tan distintas; la relación entre jefes y subordinados... un vaso más, un vaso menos... "Dios es perdón".

—¡Por la dueña de casa y reina de esta mesa en que hemos tendido el mantel de la amistad, por la señora Nena! —El Secretario recitó eufórico, y los tres bebieron ritualmente, con la vista fija en los platos y con la satisfacción de cumplir con un deber. Antonio sintió una dulce tibieza recorrerle aceleradamente el cuerpo, colmándolo de un dichoso sentimiento de amistad—. ¡Exquisito el vino, Antonio, se nota que usted sabe elegirlo, que es un hombre de buen gusto!

—Es de Cauquenes Maule —explicó Antonio—; a la Nena se lo manda su familia. Su familia es de Cauquenes, ¿sabe?

—¿Sí? —dijo distraídamente el Secretario, por no cortar la conversación, e inclinó el plato para recoger los últimos restos de sopa. Nena puso los platos vacíos en la bandeja y salió en dirección a la cocina, atrayendo la atención del Secretario con la equina ondulación de sus caderas.

—¡Sírvasse más quesito mientras viene el otro plato! —ofreció Antonio con cariñosa humildad, feliz de tener, por primera vez en su vida, a un superior de tal jerarquía en casa.

—¡Gracias, gracias, Antonio, usted me hace sentir en familia!

—Pero si eso somos, pues, don Carlitos, una gran familia, como usted lo ha dicho. Y además todo esto se lo debemos a nuestros jefes comprensivos. Don Octavio, por ejemplo...

—Es un buen Jefe. Yo me siento muy feliz de ser su Secretario. Y... bueno..., trabajar con ustedes facilita mucho la labor.

—Pero dígame usted, don Carlitos, ¿es cierto eso de...?

—Tan cierto como que él mismo lo dice y él..., un hombre de su corrección no es capaz de mentir. Además, usted sabe, la vida del hombre es asunto complicado. Hay hombres blandos que no saben decir no, hombres que, a pesar de ser correctísimos...

—Sí, sí, correctísimo, don Octavio es correctísimo, nadie podría dudar que es correctísimo, pero... pero yo pensaba en otra cosa, don Carlitos. Cómo será eso de tener tres mujeres y, bueno..., estamos entre hombres, perdone usted...

En el momento en que el Secretario iba a iniciar a su subalterno en los beneficios morales de una sana poligamia, llegó Nena con los platos servidos, frunciendo los labios en forma de una delicada trompita.

—¡H'm, señora, esto tiene el aspecto de muy exquisito!

—Sobre todo es muy sanito para el estómago. Tiene carnicita picada, choclo, cebollita fina, papitas, porotitos verdes; como ve, todo muy sanito. La salsa que tiene es un secreto de la Nena, y ese secreto no se lo cuenta a nadie, ¿verdad, Nena?

—¿Y ni siquiera a mí me va a decir su secreto? —interrogó



meloso el Secretario clavando las pupilas en la mujer que barajó la pregunta con un mohín de modesta coquetería—. ¡Y qué picantita está la salsa! Muy rico su secreto, señora. Pero esta vez sí que hay que pasarlo con un buen trago de vino. ¿O usted no es chileno, Antonio?

—Sí, muy chileno, don Carlitos; de Curepto, provincia de Talca.

—¡Bah, usted dice que es de Curepto y no se atreve a rociar con un buen trago este plato maravilloso. No, Antonio, esa sí que no se la creo. ¡Vamos, tómese un trago conmigo! Un trago más no significa de ninguna manera que usted se vaya a dedicar a la bebida y deje luego abandonada a una señora tan simpática. Además, usted sabe que en nuestra oficina no admitimos borrachos. . . Pero de ahí a no beber ni una copita, y en una ocasión como esta. . . ¡Vamos, sírvase!

Antonio bebió el segundo vaso con suma facilidad. Una inusitada alegría le hacía cosquillas no sabía dónde. ¡Estaba tan satisfecho! ¡Cuándo se había visto al propio Secretario de la Oficina almorzando en la casa de uno de los empleados de menor categoría! Desde que don Octavio y don Carlitos se habían hecho cargo de la Oficina, todo era tan distinto; había compañerismo, amistad, pura amistad. “Qué reunión más simpática, y en mi modesto hogar. Realmente soy un hombre afortunado. El me ampara”. Antonio sentía ganas de echar fuera unos lagrimones. ¿El calor? ¿La alegría de tener en su casa a don Carlitos? ¿El sentimiento de amistad? ¿El saberse apreciado por un gran jefe como don Octavio? . . . “¡Pobre don Octavio, y con tres. . .! Un alto directivo, una cabeza de institución como don Octavio quizás no debería. . . ¡Señor, será posible! En las Escrituras hay muchos hombres que tuvieron varias mujeres y no por eso se olvidaron de Ti. . .”

Cuando el Secretario propuso beber de pie por el dueño de casa, “el gran amigo Antonio Sandoval”, el homenajead, no pudiendo rehuir una muestra de aprecio de esa índole, se bebió el vaso hasta el fondo. Y en su intimidad halagada, tuvo un pensamiento culpable. Don Carlitos había ofrecido un brindis por la Nena; luego otro por él. Pero nadie había tenido la ocurrencia de brindar por el mismo don Carlitos. Antonio se puso de pie con un vaso colmado entre sus dedos.

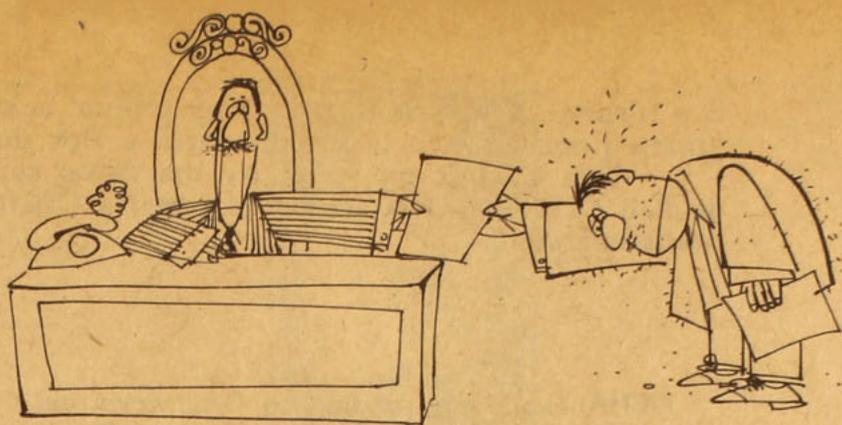
—Brindo —dijo— por este gran hombre, verdadero amigo de sus subalternos y magnífico jefe, que ha hecho de nuestra Oficina no un simple lugar de trabajo, sino que un sitio de verdadera comprensión y amistad; brindo por don Carlitos Echeverría. ¡Por la alegría de tenerlo en casa, en nuestra casa que, desde hoy, puede considerar como la suya propia, como su propio hogar!

El Secretario y Nena bebieron con Antonio, eufóricos. Cuando volvieron a sentarse, ella enrojeció súbitamente. Algo, que en un momento no pudo explicarse, sucedió bajo la mesa. La cálida mirada del Secretario confirmó sus sospechas. Se paró entonces y, encendida, fue en busca del postre a la cocina.

—Usted no puede imaginarse, don Carlitos, la alegría que siento de tenerlo aquí en mi modesto hogar; sin embargo, echo de menos a don Octavio. La próxima vez también lo invitaré. Aunque su problema, eso que usted me contaba, yo no sé si. . . ¡Qué hombre tan notable es don Octavio, y qué inteligente! El asunto de las mujeres es cosa curiosa. . . Menos mal que la Nena es tan dócil. . .

—Así parece.

Nena repartió los platillos con el postre (flan de sémola con



leche, pasas de Corinto y miel de palma). Antonio se bebió otro vaso.

—Muy bueno su almuerzo, Sandoval. Realmente es usted un buen anfitrión y un mejor amigo —reafirmó el Secretario, acariciando desde lejos todo el cuerpo de Nena, quien captó la llama que encendía su piel y la devolvió con tímida inquietud.

—Así hay que ser. Todo el mundo debía quererse. —Antonio hablaba desde una euforia que pugnaba por vencer a la modorra.

Ella sintió nuevamente el contacto por debajo de la mesa. Fingió no haberlo notado, pero arqueó el cuerpo como gata en celo, mientras el marido, con pasos vacilantes, se dirigía a buscar una botella de licor al armario con puertas de vidrio.

—Este traguito lo guardamos para las grandes visitas, para los amigos del alma —balbuceó con lengua traposa—, ¿no es así, Nena? Yo propongo que nos tomemos el primero por don Octavio y el otro por todos los compañeros... —Y Antonio empezó a beber por su cuenta; cerró los ojos, cantó a media voz: “Siento una voz en mi alma... Como ríos de agua viva...”

El Secretario cogió la mano de Nena y se la estrechó con fuerza. Ella entreabrió los labios y bajó los párpados; comenzó a perder el control.

—Podíams visitarns más a mnudo —Antonio Sandoval no podía abrir los ojos—, un vez ustds en nustr cas; otra vez nosotros en las suys. Patrons y empleads, tods fraternals; sí ps, don Carlits, tods amigabls. El dij amaos los uns a los otrs. Así deþ ser. Sientuna voz en mi alm... como ríios diagua viv...

Las manos entre las manos, las rodillas apretando las rodillas, las miradas sorbiéndose con ímpetu.

—Sírvelse, sírvelse, don Carlits —la voz gemía—. Como yo no beb, este traguit lo guardams para los viejs amigs, para los verdaders amigs del alma. —Con la vista ida bajo los párpados pesados estaba vaciando la botella—. Salú, salú mi viejo lindo. —Luego vino el sueño, la cabeza rodó sobre los brazos extendidos, la respiración se disfrazó de fuelle, los huesos se tornaron blandos, voló hacia otras regiones.

El Secretario cogió a Nena de la mano y trató de hacerla salir del comedor sin que opusiera resistencia. Pero en ese momento Antonio abrió un ojo y algo se movió en su conciencia,

con torpeza. Tragó una saliva muy espesa, aclaró la garganta y gimoteó con su emoción funcionaria a flor de piel.

—Don Carlits, mi viejo. No me dejen solo todavía. Hable de don Octavio. . . , hablemos de nuestra Oficin. . . , hablems sobre la mistad. . .

ARMANDO CASSIGOLI

FICHA: *Inserto en la llamada Generación del 50, Armando Cassigoli (1928) ha publicado "Confidencias y otros cuentos" (1954) y dos novelas, "Angeles bajo la lluvia" (1960. Premio Municipal) y "Cuadernos de un hombre asustado" (1964. Premio Alerce de la Sech). Tiene, además, un libro inédito de cuentos. Actualmente es profesor de Historia de la Cultura en la Universidad de Chile.*

COMENTARIO: Varios son los motivos que se yuxtaponen en este relato. Pero hay uno que, si bien no se da explícitamente, aparece como conductor de todo el cuento: la falta de conciencia de clase de un sector de los trabajadores. Antonio Sandoval, el protagonista, es un prototipo de esta situación. Es un desclasado, y, por ende, un ser servil. Es el propio narrador quien así lo caracteriza a poco de iniciarse el cuento: "Sonriendo con servilismo", apunta.

Su condición de hombre enajenado lo lleva a ver el mundo en forma distorsionada. Para él, palabras como Oficina, Jefe, Secretario, deben decirse así, con mayúsculas. El uso constante de diminutivos es otra manifestación de su situación. Pero no es sólo a través del lenguaje que la figura de Antonio se delinea. Basta una confidencia —el hecho que su jefe tenga tres mujeres— para que se sienta participe en el mundo de sus patrones. De ahí brotan todas sus opiniones sobre lo que debe ser la relación entre trabajo y capital.

Pero Antonio también tiene un mundo privado, su hogar y su religión. Sobre ambos se deja caer, maquiavélicamente, don Carlos Echeverría. Para éste, destruir es parte de su propia existencia. Las opiniones de Antonio lo tienen sin cuidado; sabe manejarlo a su antojo. Don Carlos apunta a otra parte. Lo que le interesa es satisfacer su excitación momentánea, y para ello incita a beber a su empleado, tocándole un punto que nunca falla: "¿O usted no es chileno, Antonio?" A base de ese mito —la demostración de la chilenidad a través del vino— destruye la parte religiosa de la privacidad de Antonio. Paso a paso don Carlos va avanzando hacia su objetivo; la seducción de la Nena. De ahí la ambigüedad de su lenguaje.

El personaje de la Nena confirma la enajenación del mundo narrado. Para Antonio su mujer es casi una cosa. No le interesa hacerla parte de su "amistad" con don Carlos. Toda la bondad que parece tener hacia su jefe se transforma en agresividad cuando a ella se dirige ("Sé menos lenta, mujer; ¡ándale!"). La docilidad es el máximo valor que puede tener una mujer ("Menos mal que la Nena es tan dócil"). La concepción de la mujer como cosa se muestra a través del silencio que guarda en todo el cuento la Nena. Ella no tiene derecho a hablar, no puede ser actora. Su papel es ser sólo cómplice.

Dentro de la estructura algo convencional del relato, no hay duda que el aporte más novedoso es la concepción del personaje, la Nena. Su silencio la transforma en una presencia que define en forma palmaria lo enajenado del mundo mostrado.

MARIANO AGUIRRE

ILUSTRACION: *Jorge Vivanco (Pepe Huinca) tiene 29 años, es autor de "Artemio" y dibujante de "La Chiva", "La Firme" y AHO-RA.*